

Añoranza de las listas no bloqueadas

Hasta ahora, los dos elementos más novedosos de esta precampaña, o campaña a secas, son el lío a la izquierda del PSOE en la confección de sus listas y el aumento casi desbordado de la expectativa del voto a Vox. O sea, que lo más movido está ocurriendo en los extremos, siguiendo una pauta que se observa en cualquier país europeo. Con la diferencia de que aquí el supuesto "centro", tanto de izquierda como derecha, va a tener mejor resultado que en otros lugares; en gran

medida, porque se ha inclinado ideológica y retóricamente hacia los extremos. Del caso de Vox habré de ocuparme otro día. Ahora me interesa lo ocurrido en la izquierda de la izquierda, que ha sido juzgado ya como un espectáculo lamentable o como la enésima muestra del tradicional infantilismo de la izquierda radical. No voy a abundar en ese debate, porque lo hecho, hecho está. Que cada cual lo juzgue como considere conveniente. Adonde querría llegar, sin embargo, es a otra cuestión: aprovechar esta escenifica-

ción de egos y de exhibición del poder del aparato de los partidos para hacer una modesta proposición. Voy por partes.

Una de las principales causas del malestar con los partidos políticos, lo sabemos ya desde Robert Michels, es su tendencia oligárquica. Por mucho que sus líderes sean elegidos en primarias, una vez instalados en el poder su núcleo dirigente hará todo lo posible por mantenerse en él y aplastar toda disidencia interna. Lo que nace como decisión democrática acaba en cesarismo, donde el

líder pasa a tener el control casi absoluto del aparato. Y a estos efectos el instrumento fundamental para mantener la disciplina es la confección de las listas electorales. Listas que son, además, cerradas y bloqueadas: son lentejas, o la aceptas entera y con el orden establecido o te vas a otro partido o te quedas en casa. "Quien se mueva no sale en la foto", como dijera en su día Alfonso Guerra.

Si se optó por este sistema durante la Transición fue por favorecer la cohesión interna de los partidos. Pero creo que ya hemos madurado lo suficiente como para otorgar al ciudadano la capacidad de tener algo que decir sobre la oferta que recibe del partido de su elección. Lo más democrático serían las listas abiertas, como en el Senado, pero sabemos que exige

un esfuerzo que choca con nuestros hábitos electorales, y casi todo el mundo vota en esta Cámara siguiendo directrices de partido. Hay que ser realista, en nuestro sistema se vota a partidos. Por eso la reforma que propondría sería casi de mínimos, algo parecido al sistema sueco. Aquí el elector puede aceptar la lista en el orden establecido por el partido, como en España, o expresar su preferencia por un candidato concreto. Basta con poner una X junto a su nombre. Si este recibe más del 5% de los votos obtenidos por el partido en una determinada circunscripción pasaría a ocupar una posición prioritaria en la asignación de escaños, trastabillando así el orden previsto desde la organización partidista.

Trasladen esta posibilidad al

espectáculo de las negociaciones de las que antes hablábamos, donde tanto obsesionaba el orden de salida —garantizarse escaño— en las listas de los grupos que aspiraban a integrarse en el Frente Amplio. Un conjunto de votantes cabreados, pero dispuestos a votar al partido/movimiento, podría hacérselo pagar subvirtiendo ese orden. Aunque lo principal, a mi juicio, es que crea incentivos para que la masa amorfa de miembros anónimos de los partidos aspire a labrarse un perfil individual propio y busquen más cercanía con su circunscripción. O podamos medir la popularidad relativa de cada uno de ellos. Es una propuesta modesta, pero, no lo duden, será vista como indecente por quienes están acostumbrados a ofrecernos un menú cerrado.